

XII

Lo que necesitaba Althotas para completar su elixir de vida

Al día siguiente á esta conversación, á eso de las cuatro de la tarde, se hallaba Bálamo en su gabinete de la calle de San Claudio leyendo una carta que acababa de entregarle Fritz.

La carta no estaba firmada, y Bálamo le daba vueltas y revueltas entre sus manos.

— Yo conozco esta letra, decía, abultada, irregular, un poco temblona y muy atestada de faltas de ortografía.

Y diciendo esto volvía á leer :

« Señor conde,

» Una persona que os ha consultado poco antes de la caída del último ministerio, y que os había consultado mucho tiempo antes, se presentará hoy en vuestra casa para haceros una nueva consulta. ¿ Os permiten vuestras numerosas ocupaciones consagrar á esa persona una media hora entre cuatro y cinco de la tarde ? »

Terminada esta lectura por la segunda ó tercera vez, Bálamo volvía á sus investigaciones.

— No merece la pena de consultar á Lorenza por

tan poca cosa; además ¿ no sé yo adivinar por mi mismo? La letra es abultada, signo de aristocracia; irregular y temblona, signo de vejez; atestada de faltas de ortografía, un signo de cortesano... ¡ Pero qué tonto soy!... Es del duque de Richelieu. Sin duda que os consagraré una media hora, señor duque; una hora, un día entero, todo el tiempo que queráis... ¿ No sois, sin saberlo, uno de mis agentes misteriosos, uno de mis demonios familiares? ¿ No proseguimos ambos una misma obra? ¿ no conmovemos la monarquía con un mismo esfuerzo, vos haciéndoos su alma, y yo su enemigo? Venid, señor duque, venid.

Y Bálamo sacó su reloj para ver el tiempo que tenía que aguardar aun al duque.

En ese momento resonó en la cornisa del cielo raso una campanilla.

— ¿ Qué habrá? dijo Bálamo estremeciéndose. Lorenza me llama, y quiere verme. ¿ Si le habrá sucedido alguna desgracia? ¿ Si será uno de esos cambios de humor de que tan á menudo he sido testigo y á veces víctima? Ayer estaba muy pensativa, muy resignada y dulce; ayer estaba como me gusta verla. ¡ Pobre criatura! Vamos á verla.

Y diciendo esto cerró su camisa bordada, ocultó su pechera de encaje bajo la bata, se miró al espejo para asegurarse de que su peinado no estaba muy desarreglado, y se encaminó hacia la escalera después de haber respondido á Lorenza con un campanillazo.

Empero, siguiendo su costumbre, Bálamo se paró delante del cuarto que precedía al de la joven, y volviéndose con los brazos cruzados hacia el lado donde suponía que estaba, con aquella fuerza de voluntad que no conocía obstáculos, la adormeció.

En seguida miró por una rendija casi imperceptible del entarimado de madera, como si dudase de sí mis-

mo, ó creyese necesario redoblar las precauciones.

Lorenza estaba adormecida sobre un canapé, á donde sin duda fué á apoyarse bajo el poder del que así la dominaba, y ni un pintor hubiera podido darle una actitud más poética. Atormentada y jadeando bajo el peso del rápido fluido que Bálsamo le había enviado, Lorenza se parecía á una de esas bellas Ariadnas de Vanloo, cuyo pecho se levanta, cuyo cuerpo se estremece suavemente, y cuya cara revela desesperación ó cansancio.

Bálsamo entró, pues, por donde solía, y se paró delante de ella para contemplarla; pero al instante la despertó, porque estaba demasiado peligrosa de aquel modo.

Apenas abrió los ojos, se desprendió de ellos una mirada penetrante, y luego, como para fijar sus ideas que fluctuaban aun, se alisó el pelo con la palma de la mano, se enjugó los labios húmedos de amor, y registrando profundamente en su memoria, reunió sus recuerdos que andaban diseminados.

Bálsamo la miraba con una especie de ansiedad, porque hacía mucho tiempo que estaba acostumbrado á verla pasar repentinamente de la dulzura y el amor á un arrebato de cólera y odio, y la reflexión de aquel día, reflexión que no había visto en ella otras veces, y la sangre fría con que le recibía Lorenza, en lugar de los arrebatos de furor, le anunciaban algo más serio quizá que cuanto hasta entonces había visto.

Lorenza se incorporó, movió la cabeza, y fijando su dulce mirada en Bálsamo, le dijo:

— Os ruego que os sentéis á mi lado.

Bálsamo se estremeció al oír aquella voz llena de una dulzura á que no estaba habituado.

— ¿Que me siente? dijo; bien sabes, Lorenza mía,

que no tengo más que un deseo, deseo que está reducido á pasar mi vida prosternado á tus plantas.

— Caballero, prosiguió Lorenza en el mismo tono, os ruego que os sentéis, aunque no tengo que hacer un discurso muy largo; pero, en fin, me parece que os hablaré mejor estando vos sentado.

— Ahora y siempre mi gusto es el tuyo, adorada Lorenza.

Y se sentó en un sillón junto á la joven, quién continuó sentada en el mismo sofá.

— Caballero, dijo, fijando en Bálsamo sus ojos con una expresión angelical, os he llamado para pedir os un favor.

— ¡Oh! Lorenza mía, exclamó Bálsamo cada vez más encantado, todo lo que quieras; di, pues, qué es lo que deseas.

— Sólo una cosa, pero os prevengo que la deseo ardientemente.

— Habla, Lorenza, habla, aunque me debiera costar mi fortuna, aunque tuviera que dar la mitad de mi vida.

— Nada os costará, caballero, ó por mejor decir, sólo la pérdida de un minuto, respondió la joven.

Bálsamo, en extremo encantado del sosegado giro que tomaba la conversación, se forjaba ya en sus adentros, gracias á su activa imaginación, un programa de los deseos que podía haber concebido Lorenza, y sobre todo de los que él podría satisfacer.

— Va á pedirme alguna doncella ó compañera, se decía. Y bien, aunque es un sacrificio inmenso, puesto que compromete mi secreto y á mis amigos, lo haré, porque la pobre criatura es muy desgraciada en esta soledad.

— Habla pronto, Lorenza, diio en voz alta con una sonrisa llena de amor.

— Caballero, sabéis que me muero de tristeza y fastidio.

Bálsamo inclinó la cabeza con un suspiro en demostración de asentimiento.

— Mi juventud, continuó Lorenza, se consume; mis días son un prolongado suspiro, mis noches un perpetuo terror: me voy envejeciendo en la soledad y la angustia.

— Lorenza, esa vida os la habéis forjado vos, dijo Bálsamo, y no ha dependido de mí que esa vida, que tan triste os habéis hecho, no fuese tan feliz que causara envidia á una reina.

— Sea así. Por lo mismo ya veis que soy yo quien vuelve á vos.

— Gracias, Lorenza.

— Me habéis dicho algunas veces que erais buen cristiano, aunque.....

— Aunque tú me creías una alma perdida, quieres decir. Ya ves, Lorenza, que acabo tu pensamiento.

— Os ruego que no os paréis en lo que yo diga, y que no supongáis nada.

— Proseguid pues.

— Y bien, en lugar de dejarme que me abisme en la rabia y la desesperación, permitidme, ya que no os soy útil para nada.....

Al llegar aquí se detuvo para mirar á Bálsamo, pero éste había recobrado ya su imperio sobre sí propio, y por consiguiente Lorenza sólo encontró una mirada fría y un entrecejo arrugado.

Á la vista de aquellos ojos casi amenazadores, Lorenza se animó y prosiguió de esta manera:

— Concededme, no la libertad, pues sé que un secreto de Dios, ó más bien vuestra voluntad que me parece omnipotente, me condena al cautiverio por toda mi vida, pero concededme que vea caras huma-

nas, que oiga el metal de otra voz que la vuestra; en fin, que salga, que ande y que dé pruebas de que existo.

— Había previsto ese deseo, Lorenza, dijo Bálsamo cogiéndole la mano, y ya sabes que hace largo tiempo que ese deseo es el mío.

— ¡Entonces! exclamó Lorenza.

— Pero, repuso Bálsamo, tú misma me has advertido mi imprudencia; pues yo, como un loco que era, y todo hombre que ama lo es, te he dejado penetrar una parte de mis secretos científicos y políticos. Sabes, en cuanto á los primeros, que Althotas ha hallado la piedra filosofal y busca el elixir de vida; en cuanto á los segundos, sabes que yo y mis amigos conspiramos contra las monarquías de este mundo. Uno de estos dos secretos puede hacer que me quemem por brujo, y el otro que me descuarticen ó enroden por traidor al rey. Ahora bien, tú me has amenazado; me has dicho que no perdonarías ningún medio para recobrar tu libertad, y que si llegabas á conseguirla, el primer uso que harías de ella sería denunciarme al señor de Sartines. ¿No es cierto que has dicho eso?

— ¿Qué queréis? á veces me enfurezco, y entonces... me vuelvo loca.

— ¿Estás tranquila? ¿tienes ahora prudencia, y podemos hablar?

— Así lo creo.

— Y si te devuelvo esa libertad que me pides, ¿tendré en ti una mujer afectuosa y sumisa, una alma constante y dulce? Ya sabes, Lorenza, que este es mi deseo vehemente.

La joven calló.

— ¿Me amarás, por último? añadió Bálsamo exhalando un suspiro.

— Yo sólo prometo lo que puedo cumplir, dijo

Lorenza, y ni el amor ni el odio dependen de nosotros. Espero en Dios que en cambio de esos favores de vuestra parte se disipará en mí el odio, y nacerá el amor.

— Desgraciadamente no basta semejante promesa para que me fie de ti, Lorenza, y necesito un juramento terminante, sagrado, cuya infracción sea un sacrilegio; un juramento que te ligue en este mundo y en el otro, que te acarree la muerte en éste, y una condenación eterna en el otro.

Lorenza nada contestó.

— ¿Quieres prestar ese juramento?

Lorenza dejó caer la cabeza en sus manos, y su pecho se elevó bajo la presión de sentimientos opuestos entre sí.

— Presta ese juramento, Lorenza, como yo te lo dicte, y con la solemnidad que requiere, y serás libre.

— ¿Qué debo jurar, caballero?

— Jura que nunca, y bajo ningún pretexto, saldrá de tu boca lo que has sorprendido acerca de la ciencia de Althotas.

— Sí, lo juraré.

— Jura que nada de cuanto has sorprendido acerca de nuestras reuniones políticas será divulgado por tí jamás.

— También lo juraré.

— ¿Con el juramento y la forma que yo indique?

— Sí; ¿está todo reducido á eso?

— No, falta lo principal, Lorenza, pues de esos juramentos pende sólo mi vida, y del que voy á decirte mi felicidad. Jura que nunca te separarás de mí, sea á instigación de una voluntad extraña, sea á instigación de la tuya propia. Júralo y eres libre.

La joven se estremeció, como si hubiese sentido en el corazón la fría hoja de un puñal.

— ¿Y en qué forma debe hacerse ese juramento?

— Iremos juntos á una iglesia y comulgaremos con una misma hostia. Antes de que ésta sea partida, jurarás sobre ella no revelar á nadie lo concerniente á Althotas, no divulgar lo relativo á mis compañeros, ni separarte nunca de mí. Entonces dividiremos la hostia en dos mitades, y cada uno de nosotros tomará la mitad, jurando por Nuestro Señor Jesucristo, tú que nunca me harás traición, y yo que trabajaré porque seas siempre dichosa.

— No, dijo Lorenza, semejante juramento es un sacrilegio.

— Un juramento no es un sacrilegio, Lorenza, repuso Bálamo con voz triste, sino cuando se presta con intención de no cumplirlo.

— Yo no hago ese juramento, dijo Lorenza, porque temería perder mi alma.

— Repito, dijo Bálamo, que no se condena uno por jurar, sino por faltar al juramento.

— Pues no juro.

— Entonces tened paciencia, dijo Bálamo sin enojarizarse, pero con profunda tristeza.

La frente de Lorenza se oscureció como se oscurece un prado cubierto de flores cuando pasa una nube entre él y el cielo.

— ¿Es decir que no accedéis á mi deseo? preguntó.

— Al contrario, Lorenza, vos sois quien no accede.

Un movimiento nervioso indicó cuánta paciencia necesitó comprimir la joven al oír aquellas palabras.

— Escuchad, Lorenza, dijo Bálamo, he aquí lo que puedo hacer por vos, y creedme que es mucho.

— Decid, respondió la joven con amarga sonrisa; veamos hasta dónde se extiende esa generosidad que tanto encarecéis.

— Dios, el acaso ó la fatalidad, como queráis,

Lorenza, nos ha ligado uno á otro con lazos indisolubles; por consiguiente no tratemos de romperlos en esta vida, puesto que sólo la muerte puede desunirnos.

— ¡Y qué? eso ya lo sé, dijo Lorenza impasible.

— Y bien; dentro de ocho días, cueste lo que me cueste, y por más que me exponga, os daré una compañera.

— ¡En dónde?

— Aquí.

— ¡Aquí! exclamó Lorenza. ¡Detrás de estas barreras, detrás de estas puertas inexorables, de estas puertas de bronce, una compañera de cárcel! ¡Oh! no pensáis en lo que decís, caballero; eso no es lo que os pido.

La joven hizo un gesto de impaciencia más pronunciado.

— ¡Querida mía! repuso Bálamo con dulzura, reflexionadlo bien, esta desgracia necesaria os será más soportable teniendo una compañera.

— Os engañáis, caballero, hasta ahora sólo he sufrido por mis propios dolores y no por los dolores de otro. Me falta esa prueba, y comprendo el que me la queráis imponer. Sí, traeréis á mi lado una víctima como yo, á quien veré extenuarse, ponerse pálida, expirar de dolor como yo; á quien oiré debatirse, como yo, contra esta pared, puerta odiosa que yo interrogo mil veces al día para saber dónde se abre cuando os deja paso; y cuando la víctima, mi compañera, haya, como yo, gastado sus uñas contra la madera y el mármol tratando de derribarla ó abrirla; cuando, como yo, haya secado sus ojos á fuerza de llorar; cuando esté muerta como yo lo estoy, y tengáis dos cadáveres en vez de uno, diréis en vuestra bondad infernal: « ¡Estas dos jóvenes se divierten, se hacen compañía, son dichosas!... » ¡Oh! no! mil veces no!

Y al decir esto dió una fuerte patada en el suelo.

Bálamo trató de tranquilizarla, diciéndole:

— Vamos, Lorenza, sósíégate; te ruego que hablemos en razón.

— ¡Y me pide que me sosiegue y hable en razón! ¡El verdugo pide dulzura al paciente á quien atormenta, calma al inocente á quien martiriza!

— Sí, te pido que te sosiegues y tengas dulzura, porque tu cólera, Lorenza, no cambia en nada nuestro destino, y no hace más que empeorarlo. Acepta lo que te ofrezco, te daré una compañera que amará la esclavitud, porque esta esclavitud le proporcionará tu amistad. No verás un semblante triste y lagrimoso como temes, sino un semblante risueño y alegre que desarrugará tu frente. Vamos, mi querida Lorenza, acepta lo que te ofrezco, porque te juro que no puedo ofrecerte más.

— Es decir que pondréis á mi lado una mercenaria á quien habréis dicho que hay aquí una loca, una pobre mujer enferma y condenada á morir, inventaréis la enfermedad, y le diréis á esa mujer: « Encerraos con esa loca, haced ese sacrificio, y os pagaré así que la loca deje de existir. »

— ¡Lorenza, Lorenza! murmuró Bálamo.

— No, estoy equivocada, ¿no es eso? prosiguió irónicamente Lorenza. No he adivinado; ¿qué queréis? ¡Soy tan ignorante! ¡Conozco tan poco el mundo y el corazón humano! Vamos, vamos, lo que diréis á esa mujer será: « cuidado con esa loca, porque es peligrosa; decidme todo lo que haga, todos sus pensamientos; espíadla dormida y despierta, » y le daréis todo el oro que quiera, porque el oro nada os cuesta, puesto que lo hacéis.

— Lorenza, no disparates así, ¡por Dios! juzga mejor mi corazón. Dándote una compañera, amiga mía,

comprometo intereses tan grandes, que te estremecerías si no me aborrecieras... Darte una compañera, ya te lo he dicho, es arriesgar mi seguridad, mi libertad, mi vida; y, sin embargo, todo esto lo arriesgo por evitarte algún fastidio.

— ¡Fastidio! exclamó Lorenza riéndose con esa risa salvaje y espantosa que hacía estremecer á Bál-samo. ¡Pues no llama á esto fastidio!

— Pues bien, lo llamaré dolor; sí, tienes razón, Lorenza, es un dolor muy agudo; pero te repito que tengas paciencia, que ya llegará un día en que ese dolor tenga fin; ya llegará un día en que seas libre y dichosa.

— Vamos, dijo la joven, ¿queréis concederme que me retire á un convento, y profesaré?

— ¿Á un convento?

— Allí rogaré á Dios primero por vos y después por mí. Es verdad que estaré encerrada también, pero tendré un jardín, aire, espacio, y un cementerio para pasearme entre los sepuleros buscando de antemano el sitio en que se ha de colocar el mío. Además tendré compañeras que serán desgraciadas por su propio infortunio y no por el mío. Dejadme que me retire á un convento, y os haré todos los juramentos que queráis. ¡Un convento, Bál-samo, un convento! os lo pido con las manos cruzadas!

— ¡Lorenza, Lorenza, no podemos separarnos! ¿No habéis oído que estamos ligados en este mundo? Todo lo que sea salir de los límites de esta casa, no me le pidáis.

Y Bál-samo pronunció estas palabras con tal claridad y absolutismo en el tono de voz, que Lorenza no insistió siquiera.

— ¿Conque no queréis? dijo abatida.

— No puedo.

— ¿Vuestra resolución es irrevocable?

— Sí, Lorenza.

— Pues bien, á otra cosa, dijo sonriéndose.

— ¡Oh! mi buena Lorenza, sonriete siempre así, y lograrás que haga cuanto quieras.

— Sí, ¿no es verdad que haréis cuanto yo quiera, con tal que yo haga cuanto se os antoje?... Pues bien, corriente; haré lo posible por ser razonable.

— Habla, Lorenza, habla.

— Hace poco me dijisteis que llegará un día en que no sufra y sea libre y dichosa.

— ¡Oh! lo he dicho, y juro por el cielo que aguardo ese día con la misma impaciencia que tú.

— Pues bien, ese día puede llegar al instante, Bál-samo, dijo la joven con una expresión de cariño que su marido nunca había visto en ella sino estando dormida. Ya veis que estoy cansada, muy cansada; y esto se comprende bien, ¡porque soy tan joven y he sufrido tanto! Mirad, amigo mío, pues habéis dicho que lo sois, haced que ese día llegue ahora mismo... Pero escuchadme.

— Ya te escucho, dijo Bál-samo con una turbación inexplicable.

— Voy á acabar mi discurso pidiéndoos lo que debí pedir al principio, Acharat.

La joven se estremeció.

— Habla, amiga mía.

— Muchas veces he notado, cuando hacíais experimentos en pobres animales, y me decíais que esos experimentos eran necesarios para la humanidad, que poseéis el secreto de dar la muerte, ya con una gota de veneno, ya abriendo una vena, y que esta muerte era dulce, tan rápida como el rayo, y que esas desventuradas é inocentes criaturas, condenadas como yo á la cautividad, quedaban libres al punto con la muerte,

primer beneficio que recibían desde su nacimiento. Pues bien...

Aquí se detuvo palideciendo.

— ¿Y qué, Lorenza? preguntó Bálamo.

— Pues bien, lo que hacéis algunas veces por interés de la ciencia, hacedlo conmigo por obedecer á las leyes de la humanidad; hacedlo por una amiga que os bendecirá con toda su alma, que os besaré vuestras manos con indecible gratitud si le otorgáis esta gracia que os pide. Hacedlo, Bálamo, por mí que os lo suplico de rodillas, por mí que os prometo en mi último suspiro más amor y alegría que el que me habéis inspirado durante toda mi vida; por mí que os prometo una sonrisa sincera y radiante en el momento de dejar la tierra. Bálamo, por el alma de vuestra madre, por la sangre de nuestro Salvador, por cuanto hay de más dulce, solemne y sagrado en el mundo de los vivos y en el de los muertos, ¡os suplico que me matéis! ¡Sí, matadme!

— ¡Lorenza! exclamó Bálamo estrechando en sus brazos á la joven, que se había levantado al decir las últimas palabras, ¡tú deliras! ¡Yo matarte! ¡matarte á ti que eres mi amor y mi vida!

Lorenza se desprendió de los brazos de Bálamo con un violento esfuerzo, y se hincó de rodillas diciendo:

— No me levanto mientras no me concedas lo que te pido. ¡Mátame sin violencia, sin dolor, sin agonía! ¡Concédeme la gracia, ya que dices que me amas, de adormecerme como me adormeces muchas veces; pero de modo que no tenga la desesperación de despertar!

— ¡Lorenza, adorada mía! exclamó Bálamo. ¿No ves, Dios mío, que me estás traspasando el corazón? ¡Cómo! ¿por tan desgraciada de tienes? Vamos, Lorenza, tranquilízate, no te entregues así á la desesperación... ¡Ay de mí! ¿Conque tanto me aborreces?

— Lo que aborrezco es la esclavitud, la opresión, la soledad, y supuesto que sois vos quien me hace esclava, desgraciada y solitaria... os aborrezco, sí, os aborrezco.

— Pero yo te amo demasiado para verte morir, Lorenza; por consiguiente no morirás, y haré la cura más difícil de cuantas he hecho hasta aquí; te haré amar la vida.

— ¡No, no, imposible! Lo que me habéis hecho amar es la muerte.

— ¡Lorenza mía, por piedad! Yo te prometo que antes de poco...

— ¡La muerte ó la vida! exclamó la joven embriagándose gradualmente de cólera. Hoy es el día supremo. ¿Queréis concederme la vida, es decir la libertad? ¿Queréis darme la muerte, esto es, el descanso?

— ¡La vida, Lorenza mía, la vida!

— ¡Luego me concedéis la libertad?

Bálamo guardó silencio.

— ¡Pues entonces la muerte, una muerte dulce, por medio de un filtro, por una lancetada! ¡La muerte cuando esté dormida! ¡El descanso! ¡el descanso!

— La vida y la paciencia, Lorenza.

Lorenza soltó una carejada terrible, y dando un salto hacia atrás sacó de su seno un puñal de hoja fina y aguda que brilló en su mano como un relámpago.

Bálamo lanzó un grito; pero era demasiado tarde, pues cuando se arrojó sobre ella y le cogió la mano, el puñal se había sumido ya en el pecho. Bálamo había quedado deslumbrado al ver el puñal, y quedó ciego al ver la sangre.

Entonces lanzó un nuevo grito terrible, y cogiendo el cuerpo de Lorenza con un brazo, se apoderó del puñal que la joven iba á sumir por segunda vez en su pecho.

Lorenza hizo un violento esfuerzo para retirar el puñal, y su afilada hoja se deslizó por entre los dedos de Bálamo.

La sangre salió á borbotones de su mutilada mano.

Entonces, en lugar de continuar la lucha, Bálamo extendió su ensangrentada mano sobre la joven, diciéndole con irresistible voz :

— Duerme, Lorenza, duerme; yo te lo mando.

Pero en esta ocasión, la irritación era tan grande que la obediencia fué menos pronta que de costumbre.

— No, no, murmuró Lorenza tambaleándose y procurando herirse de nuevo. No, no, no dormiré.

— Te digo que duermas, exclamó Bálamo, dando un paso hacia ella; lo mando yo, y dormirás.

Aquella vez, tan poderosa fué la voluntad en Bálamo, que venció toda reacción : Lorenza lanzó pues un suspiro, soltó el puñal, se tambaleó, y fué á caer sobre unos cojines.

Los ojos le quedaron abiertos; pero el fuego que despedían fué amortiguándose por grados hasta que se cerraron. El cuello, que estaba crispado, se aflojó; la cabeza se inclinó sobre el hombro, como la de un pájaro herido, y un estremecimiento nervioso recorrió todo su cuerpo; signos todos que probaban que Lorenza estaba dormida.

Entonces le desabrochó el vestido Bálamo y sondeó su herida, que le pareció leve; pero sin embargo la sangre brotaba de ella en abundancia.

Bálamo empujó el ojo de león, giró el resorte y la plancha se abrió; en seguida, quitando el contrapeso que hacía bajar la trampa de Althotas, se colocó sobre dicha trampa y subió al laboratorio del viejo.

— ¡ Ah ! ¿ eres tú, Acharat ? dijo éste siempre en su sillón; ya sabes que dentro de ocho días cumplo

cien años, y que de aquí allá necesito la sangre de un niño ó de una virgen.

Pero su discípulo no le escuchaba; corrió al armario en que se hallaban los bálsamos mágicos, cogió una de las redomas, cuya eficacia había probado tantas veces, se volvió á colocar en la trampa, dió una patada y bajó de nuevo.

Althotas rodó su sillón hasta el orificio de la trampa, con intención de recogerle del vestido, y le dijo :

— ¿ No lo oyes, desventurado ? Si de aquí á ocho días no tengo un niño ó una mujer que esté virgen para acabar mi elixir, me muero.

Bálamo se volvió, reparando en los ojos del anciano, los cuales centelleaban en medio de su rostro con los músculos inmóviles, pudiéndose decir que aquellos ojos eran los únicos que vivían.

— Sí, sí, respondió Bálamo; no tengas cuidado, que se te dará lo que pides.

Luego, soltando el resorte, hizo que subiese la plancha, la cual fué á igualarse con el techo.

Hecho esto corrió al aposento de Lorenza, y apenas había entrado en él cuando resonó la campanilla de Fritz.

— El señor de Richelieu, murmuró Bálamo; ¡ oh ! aunque sea duque y par, tendrá que esperar á fe mía.